

CHARLA

Nuestro redactor, J. Aedo dirige a sus amigos de Tarancón la siguiente charla.

Compañeros: Siento, de todo corazón, no poder llamarme taranconero, pertenecer a este pueblo cuyo sello peculiar es la sonrisa reflejada en vuestros semblantes caracterizando la expresión sensible de todos vuestros corazones. Os he observado, de mis deducciones siempre surge incólume la consecuencia de que éste es un pueblo generoso, hospitalario, simpático y de educación esmerada. Pero considerar, que por la vinculación étnica y geográfica soy un español, es decir, uno más que palpita y siente los deseos por el engrandecimiento de nuestra Patria, base física de relaciones sustantivas aportadas por unos y otros constituyendo nuestra «hermandad», el Estado Español; luego tanto vosotros como yo somos españoles, en una palabra, hermanos. Si, hermanos por adjetividad en dependencia, por lenguaje, por costumbres, porque todos somos hijos legítimos de la misma madre, de nuestra Patria Española.

Ahora, queridos hermanos, pensad que estamos en el momento culminante, el llamado por mí de «La Unificación». Logramos reunir las fuerzas en la palanca movilizadora para que todo lo que existía discrecional, mal reglado, haya hecho reverencia dejando en su lugar lo verdaderamente sustantivo aquello que tiene existencia por sí propia. Se ha terminado con el favoritismo, la impresión, el capricho, con aquel que valiéndose de aries, tejidas en un sentido común raro, habilmente arrojaba la cáscara produciendo como efecto el escurridizo; ya se alegraba, satisfacía sus deseos, poniendo puntos de mira en terreno propio tomándolo por baldío. Por lo tanto, era de necesidad, y en efecto, el pedestal de espal-

das pisoteadas, campo del arbitraje, busca su vertical, para poder enfrentarse.

El pueblo es el que manda. Tiempo era ya que el «hombre-masa» se haya revelado emancipándose ante aquel injusto régimen tutelar que absorbía la soberanía popular perfectamente definida por la escuela teológica, cuyo representante fué el gran teólogo Sto. Tomás de Aquino; por la del Pacto Social, cuyo iniciador fué Juan Jacobo Rousseau, y por la Histórica admirablemente explicada por Savigny. Pues si el pueblo es el único soberano sepamos reflejarlo, no consintiendo que la desmembración de ella en las urnas sea una prolongación más de los derechos de unos cuantos, sino que sea un verdadero acto de la voluntad inspirado en el fin de que la Nación disfrute bienestar general; precisamente el bienestar general es el lema de la República.

Esta forma de gobierno, la República, cubija bajo su velo a toda, pero absolutamente a toda la pluralidad componen-te de su Estado; es la que por mandato de su imperio hace que las leyes sean verdaderos principios generales que puestos al alcance de todos hacemos usos de ellas impidiendo la intromisión de unos en los derechos de los otros. Si, queridos hermanos, ser republicano es pedir «justicia», palabra que comprende esta frase tan subrayada por Ulpiano; La constant e perpetua voluntas iusum quique tribuere—la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que es suyo.—

Hagamos el parangón. La República hace tiempo que convive en nuestro ambiente, oscilaba y oscila entre los latidos del corazón en la generalidad de los españoles, mas ella señora sin tacha, perfecta en sus formas agarraba los mandos de la voluntad deteniendo la vehemencia, quería proclamarse por el procedimiento lícito, y en efecto, aquí

la tenéis señoreándose con el consentimiento casi unánime del pueblo. ¿Pero y la monarquía? Todo lo contrario. Sabemos que no reparó en medios, aun en su agonía, abraza la fuerza entregándose en cuerpo y alma para que con la excusa de su existencia, aquella tomase el mando civil. Y en este régimen de fuerza surge la nota provocada por voces de políticos que después de permanecer impasibles, insensibles ante años y años de desaciertos catastróficos y yerros luctuosísimos, después de haber visto y aun ayudado a echar sobre los culpas el manito de la impunidad, después de sufrir lo insufrible y aguantar lo inaguantable se escandalizan ahora rasgando sus vestiduras inflamadas en el fuego de una santa execración. Pero al fin los olores del cadáver ya putrefacto nos sorprende y como buenos cristianos procedemos a enterrarle con toda solemnidad, incluso con acompañamiento de duelo.

J. AEDO

Por qué soy director de "Amanecer"

En mis excursiones frecuentes, desde hace ya tantos años, que realizo por esta simpática y hospitalaria ciudad de Tarancón, (simpatía y hospitalidad por la que yo muchas veces he pensado que Tarancón debiera pertenecer a una de las provincias de nuestra hermosa Andalucía) cuando, por casualidad, hablaba con todos vosotros de cuestiones políticas, siempre me sorprendía y hasta cierto punto me asombraba, de que Tarancón, pueblo grande, pueblo culto y en relación casi constante más con Madrid que con su capital de provincia, no fuese en política ideas republicanas.

La Monarquía, es un sistema de gobierno de los pueblos, mejor dicho, ha sido un

sistema de gobierno que encajaba perfectamente en la Edad Media; basta repasar un poco la historia para ver que entonces era quizá el mejor régimen de gobierno; pero por ley fatal, por ley de progreso y de evolución de los pueblos, la Monarquía, régimen injusto ha de ser sustituido forzosamente, tarde o temprano, por otro u otros más equitativos, más iguales, más justos más de aproximación social entre todos; así veremos que lo que hoy nos parece bien y mejor para gobernarnos, mañana lo juzgaremos atrasado; además, caminamos tan de prisa, vamos tan rápidamente alcanzando las conquistas del progreso y de la civilización. que esta evolución se desenvuelve en pocos años, por no decir que en pocos días: somos jóvenes aún y recordamos que hace bien poco llamarse republicano era decir poco menos que détritus social: un descamisado; hoy son republicanos lo más escogido de la clase intelectual, por no decir que casi todos los intelectuales; pues bien, dentro de poco nos llamaremos todos sin asombro alguno, socialistas, y propugnaremos y trabajaremos por una república social. Se oponga quien se oponga, ese es y no otro el destino de los pueblos, si en nuestra evolución y progreso no se perfecciona otro ideal más puro, más noble y más justo. en cuyo caso sucederá entonces con el socialismo lo que fatalmente ocurrirá con la república. Esto ya no son teorías, son hechos positivos y ciertos que en la mente del mundo culto y civilizado están bien arraigados: lo que pasa es, que en general el egoísmo de los hombres es tan grande que, aun a sabiendas de que no tienen razón y de que no es justo el sistema que defienden, se atrincheran en su egoísmo y cuesta y ha de costar Dios y ayuda, cómo vulgarmente se dice, para expulsarles por evolución y convencimiento (socialismo), o por la